

LA NUEVA SENDA

Aparece cada 15 días

suscripción Voluntaria

CONTRA TODA FORMA

DE EXPLOTACIÓN Y TIRANÍA

DIRECCIÓN

Virginia Bo'ten Calle Treinta y Tres 93



Los sucesos de la Argentina

La ejecución del verdugo

El cobarde que traidoramente asesinó al pueblo proletario de Buenos Aires, cayó fulminado por la justicia humana. Su desaparición por medio de la fuerza ó de la violencia debía consumarse, porque Falcón era un desalmado, una fiera que sembraba el terror y la muerte, un monstruo cubierto de horrendos crímenes y que siniestramente maniobraba al amparo de la fuerza organizada.

El verdugo fué ejecutado en plena calle, porque era hiena en la población porteña. Escudándose en la ley y sirviéndose de un escuadrón de criminales profesionales, atropellaba impunemente, mataba á diestra y siniestra y ejercía su omnímodo poder en la práctica del banditaje. Era la bestia feroz que se alimentaba con sangre de hombres, mujeres y niños, descuartizados por su orden y por el ímpetu de sus ciegos instrumentos.

Falcón fué el que ordenó el salvaje asesinato del 1.º de Mayo último. En la plaza Lorea y en la Avenida de Mayo, la sangre proletaria corrió en abundancia por culpa del Trepof argentino. Sin que el pueblo congregado dijera vos á la intervención por

que fuese previamente ordenada la ejecución del meeting, ni se dieran los golpes de clarín regimentarios, estradas descargas de fusilería, cubrieron de muertos y heridos el sitio de reunión y las calles adyacentes. Fué una masacre horrorosa, efecto del instinto sanguinario del coronel, que un día ú otro debía caer bajo la justicia humana.

Contra la canibalesca obra del militarote, la entera población de la capital argentina levantó su voz de protesta y se declaró en huelga general. Todo el pueblo decía: «¡Abajo el asesino! ¡Qué renuncie Falcón!»; pero este ensoberbecido funcionario de la muerte, quiso exhibir su *energía y resolución*, conviniendo con su digno presidente en que á este le acompañaría hasta el 12 de octubre de 1910. Quería burlarse de todo el mundo y de los anarquistas, pero no consiguió su intento y pagó cara la infamia.

La protesta colosal, unánime y espontánea del pueblo argentino no le preocupó y creyó que sus acciones salvajes y criminosas quedarían impunes. Durante la semana roja, el derecho de reunión fué pisoteado por las hordas del jefe de policía, y muchos trabajadores sucumbieron bajo el plomo homicida. Fueron asaltados los domicilios privados, insultadas las mujeres, maltratados los niños, fusilados por las espaldas algunos huelguistas que pacíficamente transitaban por las calles. El coronel, por conservar su puesto en la jefatura de policía, estableció el imperio del terror y él se convirtió en prototipo del banditaje.

¿No era justo, necesario y urgente eliminar á la hiena que tantos estragos producía? ¿Acaso su eliminación no equivale á suprimir la bestia que mantenía en continua zozobra á un pueblo entero?

Su supresión no fué un crimen alejoso ni una cobardía: ha sido acto de justicia, heroísmo digno de aplauso. El autor del hecho no es hiena ni criminal: es hombre movido por hondos

sentimientos, un vengador y justiciero. El nombre de este pasará á la posteridad, como pasan los mártires y benefactores de la especie humana.

Falcón ha muerto como mueren los carnívoros masacradores de masas indefensas. Nos regocijamos del suceso, aunque lamentamos una cosa, el que no haya caído á su lado, por efecto del explosivo, su dignísimo jefe, el presidente de la República Argentina.

La reacción y el responsable

España es, por excelencia, la tierra clásica de la inquisición. Su historia está manchada de sangre desde los tiempos de la conquista de América hasta nuestros días. Y esa madre degenerada es la que arrajó á la vida á esas hijas... é insertó en su raza el virus criminoso.

La Argentina no puede negarlo: es hija de España, pues lo demuestran los procedimientos que en ella fueron adoptados á raíz de la ejecución del verdugo. La tierra de Alberdi hoy no tiene nada que envidiar á la ibérica y ni siquiera á la de Abdul-Hamid, que fué destronado por criminal.

La reacción del poder militar, rote el pánico en las filas gubernamentales, principalmente en el ánimo de Alcorta; todos, los adheridos á la política gubernamental y los que ambicionan escalar el poder, recibieron tan fuerte impresión que, al reaccionar, no supieron desquitarse sino injuriando á los anarquistas y pidiendo el *saneamiento del ambiente* (?).

Cuando Figueroa recobró el ánimo, llamó á sus ministros para comunicarle que él pensaba en decretar el estado de sitio y tomar severas medidas contra el anarquismo. En la reunión del Ejecutivo, los secretarios de estado y el presidente, convinieron en la necesidad de suspender las tituladas garantías constitucionales é impartir órdenes de carácter represivo.

Por ser una pandilla de ineptos, desde el presidente hasta el más idiota de los ministros, el domingo 14 acordaron dar por aprobado el decreto de estado de sitio, aún cuando ninguno lo había redactado entonces. Un señor ministro necesitó mucho tiempo para hacerlo y empleó sus horas hasta el lunes. Se dió á publicidad un texto que acusaba la incapacidad del autor, y al día siguiente el Ejecutivo lo corrigió por posibles indicaciones de algún subalterno. El decreto fué firmado el día 15, pero fué puesto en vigor desde el domingo 14.

No somos partidarios de las leyes ó cartas fundamentales del Estado; sabemos que son inútiles cuando no constituyen impedimento á la evolución social y escarnio á la justicia: por esto nada nos importa que la Constitución de aquel país sea respetada ó violada. No obstante, hemos de hacer constar que el gobierno argentino ha pisoteado las leyes propias.

El Ejecutivo tiene facultades para suspender las garantías constitucionales, siempre que se presente un período de anormalidad y estén clausuradas las cámaras. Cuando la lucha interna de los partidos, la pasión política, los choques violentos y las tendencias de la situación amenacen la

estabilidad del gobierno ó de lo que la burguesía llama orden público, los legisladores y los miembros del Ejecutivo pueden declarar el estado de sitio; estando clausurado el parlamento, los últimos están facultados para adoptar la misma medida. El estado de sitio es declarable, según la Constitución, cuando los poderes nacionales noten la existencia del peligro para las instituciones y el orden.

En la Argentina, el Ejecutivo está constituido por un individuo de escasa inteligencia: el presidente Figueroa Alcorta; los demás son meros satélites, inconcientes, volubles. La voluntad del jefe triunfa en todos los actos de su esfera, puesto que cuanto dice está perfectamente bien y es aceptado por sus ministros. Así es como sus resoluciones acusan la pobreza de espíritu, la carencia de comprensión y la pederferia.

El decreto fué propuesto por ese personaje, redactado por uno de sus secretarios, corregido por todos ellos y dado á publicidad por la prensa venal que aplaude las imbecilidades y la intención perversa, mientras condena y vilipendia á los autores de hechos brutos y emancipadores.

¿Y qué se podía esperar de un gobernante tan idiota, propenso á las debilidades y torpezas?

La medida fué adoptada sin que existan las condiciones reclamadas por la constitución, al impulso del miedo que se apoderó del inepto mandatario. La policía se dedicó á sus tareas extraordinarias, asaltando locales obreros y anarquistas, arrestando á millares de trabajadores y amordazando á la prensa discordante con la actual tendencia del poder gubernativo. Los deseos del jefe, las intenciones de los protervos, sus resoluciones siniestras han hallado realización en el desenfreno de las hordas policíacas.

Durante la noche del 14 al 15 de Noviembre, los atropellos policíacos se sucedieron en distintos puntos de Buenos Aires. La brigada de foragidos, conocida por Comisaría de Investigaciones, ayudada por vigilantes disfrazados, reclutó á unos cuantos ladrones conocidos, y formando un grupo con todos esos elementos, asaltó y destruyó muebles y útiles de la F. O. R. A. dirigiéndose luego al local del diario *La Protesta*, donde rompió máquinas, muebles, útiles, libros, etc. En este inculcable atropello tomaron parte también los empleados superiores de la sección Orden Social: hay quienes los han visto. Después prosiguieron los arrestos y las violaciones de domicilios por parte de los guardianes del orden.

La reacción gubernativa se ha desencadenado furibunda á través de la República, habiéndose efectuado centenares de detenciones en las capitales y pueblos de provincias. Refieren algunos camaradas que los procedimientos son inquisitoriales, que se les hace sufrir hambre y sed. Muchos han sido violentamente arrancados del taller ó la fábrica y del seno de sus familias, cuyos hijos y esposas vieron consumar el delito legal y tuvieron que resignarse ante las amenazas y los ultrajes. Las autoridades extendieron su acción á todos los puntos de

la República, y en todas partes se cometen horrores.

Como en España, allí no tiene límites el banditaje gubernamental. En Buenos Aires, después de los primeros salvajismos policíacos y cuando la serenidad debía haber guiado á las autoridades, una turba de reaccionarios organizó un asalto al local de los conductores de carros, enviando al efecto á casi todos los pesquistas y á varios vigilantes disfrazados. Se supone que en ese grupito había un cura que dirigió el ataque estando vestido de particular. La obra consumada fué una escena de la inquisición. Como en el local no había quien lo defendiese, se apoderaron de las bibliotecas y arrojaron los libros y muebles á la calle, y, después de pronunciar un *auto de fe*, fueron entregados á las llamas. Y todo esto se hizo en presencia de la policía seccional que está instalada á pocos metros del sitio del suceso y que acudió presurosa para impedir que los transeúntes apagaran el incendio.

Responsable de estos hechos es el presidente Alcorta, porque su palabra es el supremo mandato y todo se hace según su voluntad. De igual modo que Falcón era responsable de varias masacres, el primer magistrado lo es de los actuales acontecimientos.

Cuando los hechos salgan á la luz del día y conozcamos las atrocidades hasta en sus detalles, si resulta cierto cuanto se afirma y el gobierno no repara el mal ferocemente ejecutado, al hierro y al fuego habrá que oponer un procedimiento superior.

En ninguna parte igual

No recordamos que haya pasado nada semejante en ningún país de la tierra, á raíz de la ejecución de un desalmado. En Francia fué muerto Carnot, en Italia cayó Umberto 1.º bajo el brazo justiciero, en España el presidente del Consejo de Ministros, Cánovas del Castillo, fué ejecutado por inquisidor, y en Norte América también rodó el primer mandatario; pero en ninguna de esas naciones se declaró el estado de sitio por tal causa. En la misma Rusia, país autocrático, varios jefes de policía y algunos ministros del zar fueron destruidos por la dinamita, y no obstante, las medidas del Emperador absoluto no son comparables con las del presidente argentino. ¡Era preciso que éste diera un ejemplo del estado democrático en que vive su patria!

Su obra no tiene precedentes; es el efecto de su idiotéz, de sus ansias de reprimir á los elementos libertarios y sembrar el pánico entre los productores. Porque así lo ordena su excelencia, los ácratas son encarcelados, perseguidos y torturados en las mazmorras de las comisarias, mientras las madres, las compañeras, las hermanas ó los hijos de aquellos inocentes productores, quedan reducidos á la miseria y presas de la desesperación.

Figueroa Alcorta es el culpable; debe, pues, responder de estas brutalidades.

No hay complot

Aún hay quienes ingenuamente creen que de hecho existen complots para efectuar cualquier acción; y también hay quien se anima á estampar

no tiene intereses opuestos a los suyos y que no pueden mejorar de condición y aún emanciparse sino uniéndose y haciéndose más fuertes que los patronos. Si consiguen obtener lo que desean, estarán mejor, ganarán más, trabajarán menos, dispondrán de más tiempo para reflexionar sobre las cosas que les interesan y sentirán enseguida mayores deseos y mayores necesidades. Si no consiguen lo que deseaban, se verán llevados a estudiar las causas del fracaso y a reconocer la necesidad de una mayor unión, de una energía mayor, y comprenderán al fin que para vencer con seguridad y definitivamente es necesario destruir el capitalismo. La causa de la revolución, la causa de la elevación moral del trabajador y de su emancipación, saldrá ganando del hecho que los trabajadores se unan y luchen por sus intereses.

¿Pero es posible, preguntamos otra vez, que los trabajadores logren dentro del actual estado de cosas, mejorar realmente sus condiciones?

Esto depende del concurso de una infinidad de circunstancias.

A pesar de lo que sostienen algunos, no existe una ley natural (ley de los salarios) que determine la tarte que corresponde al trabajador sobre el producto de su trabajo; ó, si se quiere formular una ley, no puede ser más que esta: el salario no puede descender normalmente por debajo de aquel tanto que es necesario a la vida, ni puede normalmente subir tanto que no deje ningún beneficio al patrono. Claro es que en el primer caso los obreros morirían ó no percibirían un salario, y en el segundo caso los patronos cesarían de hacer trabajar y por tanto no pagarían más salarios. Pero entre estos dos extremos imposibles hay una infinidad de grados, que van desde las condiciones, casi animalescas de gran parte de los trabajadores agrícolas hasta aquellas casi decentes de los obreros de los oficios buenos en las grandes ciudades.

El salario, la duración de la jornada de trabajo y las demás condiciones de trabajo son el resultado de la lucha entre patronos, y obreros. Aquellos procuran dar a éstos lo menos posible y hacerles trabajar hasta catacuales; y estos procuran, ó deberían procurar, trabajar lo menos posible y ganar lo más que puedan. Allí donde los trabajadores se contentan de cualquier modo y aún descontentos no saben oponer una válida resistencia a los patronos, prontamente quedan reducidos a unas condiciones de vida animalesca; en cambio, allí donde tienen un concepto algún tanto elevado del modo como deberían vivir los seres humanos y saben unirse y mediante la huelga y la amenaza latente ó explícita de rebelión imponen respeto a los patronos, éstos les tratan de modo relativamente soportable. De modo que puede decirse que el salario, dentro ciertos límites, es lo que el obrero (no como individuo, se entiende, sino como clase) pretende.

Luchando, resistiendo contra los patronos, pueden, pues, los obreros impedir, hasta cierto punto, que sus condiciones empeoren y aún obtener mejoras reales. La historia del movimiento obrero ha demostrado ya esta verdad.

Empero, es necesario no exagerar el alcance de esta lucha combatida entre obreros y patronos sobre el terreno exclusivamente económico. Los patronos pueden ceder, y á menudo ceden, ante las exigencias obreras energicamente formuladas, mientras no se trate de pretensiones demasiado grandes; pero tan pronto como los obreros comiencen (y es urgente que comiencen) á pretender un tratamiento que absorba el beneficio del patrono, haciendo así una expropiación indirecta, podemos estar seguros de que los patronos llamarán al gobierno en su auxilio y procurarán obligar por medio de la violencia á los obreros á permanecer en sus posiciones de esclavos asalariados.

Y aún antes, mucho antes de que los obreros puedan pretender recibir en compensación de su trabajo el equivalente de todo lo que han producido, la lucha económica se vuelve impotente para continuar produciendo el mejoramiento de las condiciones de los trabajadores.

E. MALATESTA.

NOTAS Y COMENTARIOS

La Razón falconiana.—El diario *La Razón*, de esta capital, publicó un suelto el día 15 de Noviembre, en que se ha revelado partidario del coronel Falcón, el verdugo ejecutado.

Comienza diciendo que el público se apiñó frente a su local, cuando en sus pizarrones apareció la noticia de lo que califica de «terrible atentado».

Tiene un párrafo que dice textualmente:

«Aunque de tiempo atrás se esperaba que intentasen contra el coronel Falcón los elementos anarquistas, por la severidad con que los ha venido tratando desde que se hizo cargo de la jefatura política de Buenos Aires, la nueva de su muerte ha sorprendido por la forma rápida en que se produjo».

El autor del suelto al escribir el párrafo transcrito debió estar enfermo. Dice primeramente que el hecho se esperaba y al terminar nos sale con que ha sorprendido.

¿Cuál de las dos afirmaciones es cierta colega?

A continuación expone:

«Los sucesos del 1.º de Mayo lo presentan de cuerpo entero. A raíz de los disturbios sangrientos que se produjeron en aquella fecha, el coronel Falcón se presentó solo en las calles de Buenos Aires, no desafiando precisamente los odios de los elementos que combatía, sino demostrando que no tenía las consecuencias de la actitud que su cargo le imponía».

La Razón ha mentido cínicamente. El coronel Falcón fué, en efecto, á la plaza de Mayo, pero custodiado por el escuadrón de cosacos y ciento cincuenta pesquisas.

Si los redactores del diariucho falconiano que tenemos en Montevideo, quieren cerciorarse de lo que afirmamos, no tienen necesidad de muchos sacrificios: consulten los números de *Caras y Caretas* donde apareció una fotografía en que Falcón está rodeado de miembros de la Bolsa y dice: «después de haber disuelto el mitin».

Para colmo, califica al verdugo ejecutado de «funcionario honesto y eficiente útil y consciente de sus responsabilidades».

¿Qué más se puede decir? Lorea no habla *La Razón*, y de la acción dinamitera de su maestro lo ignora todo. Bueno sería que hiciera averiguaciones, y entonces sabría que *La Razón* supo arrojar bombas en Chivilcoy por ganar cierta elección.

Pero el diario que nos ocupa es servil y de cualquier modo sostendría que el extinto don Ramón era tipo ejemplar de honradez y rectitud... ¡Lacayos!

Al día siguiente de publicar el suelto que comentamos, el mismo órgano insertó otro en sus columnas, ocupándose de la posible invasión de terroristas expulsados de la Argentina durante el estado de sitio.

Manifiesta que «uno de los más recalcitrantes propagadores del anarquismo, nos decía ayer, que condena energicamente el siniestro acontecimiento de Buenos Aires, y está dispuesto á denunciar á las autoridades, la presencia en Montevideo de cualquier terrorista que burlara la vigilancia ejercida por la policía en los muelles de desembarco», por cuya razón «podemos, pues, vivir tranquilos» y «no se fraguarán complots contra nuestras vidas».

Las ocurrencias de *La Razón* son originales. Nos habla de que se fraguan complots y de anarquistas delatores, cuando el anarquista jamás se dedica á fechorías de esa naturaleza.

¡Un anarquista secundando á la policía! ¡Excelente es la novedad del colega! Pero, ¿no se refiere á algún pesquisa?

Los hombres del globo.—Días atrás realizaron una ascensión en globo los señores Alberto R. Macías y Mestor Cano. Partieron de Buenos Aires y llegaron á corta distancia de la estación Drable, en la Banda Oriental, al cabo de una hora de viaje.

Macías parece ser viejo piloto y viejo formulista; y Cano es un neófito en el arte de viajar por el espacio.

No dudamos que el riesgo corrido y los frutos de la aereostación exigen respecto á los hombres cultos; empero, Macías y Cano nos dieron algunas noticias cómicas, que son el objeto de estas líneas.

El primero bautizó al neófito, bajo el padrino del sol, con una copa de champagne y el espumoso vino en lugar del oleo—y son palabras textuales—quedando aereonauta de hecho. Por su parte, el segundo, al contemplar desde 2.000 metros de altura, al delta del Paraná y á las ciudades que parecían palomas, comprendió la pequeñez del hombre y la grandeza del Universo.

No podían hacer declaraciones más cómicas. Macías ha reemplazado una práctica viciosa del cristianismo con otra tan viciosa como insulsa: el bautizo del aereonauta. En adelante con hacernos bautizar de hecho seremos viajeros del espacio, en vez de ser buenos cristianos.

Por lo que respecta al señor Cano, preguntámonos: ¿qué diría este pigmeo si hubiera ascendido á 6.000 metros? ¿Y no saben los niños que van á las escuelas, no ya que el hombre es pequeño en el Universo, sino que nuestro planeta es un miserable grano de arena en la infinitud de los mundos?

¡Si todo esto no es novedad en nuestra época!...

Oid, vosotros!...

Gobernantes de todo el mundo, oid: Vuestro loco deseo de imponeros para detener la marcha del progreso, es inútil; nada conseguiréis, como no sea apresurar los sucesos. La sangre de los inocentes, las lágrimas de la niñez desamparada, la desesperación de las madres, amantes y hermanas, formarán la montaña que os aplastará, destrozando el andamiaje levantado por vuestras leyes represivas.

Matad, inmolad en los presidios á todos los que os estorban en vuestra obra de oscurantismo; desconoced todos los derechos, pisotead los ideales de amor, combatid á todas las especialidades; y esto no será más que la señal de guerra sin cuartel, pues que vuestras víctimas saben ya que seréis inexorables.

Cada caído en aras de la libertad dejará tras de sí una falange dispuesta siempre á los grandes sacrificios por la conquista de la justicia.

Es que, si los castigáis sin juzgar y sin importaros edad, sexo y delito, poco vacilarán en morir matando. Si los acorraláis se defenderán, pues todos saben que el último consuelo del paria es el de vender cara su vida.

Oid, vosotros, republicanos *since-ros*:

Todos los gobiernos, llámense como se quiera, cumplen su misión: la de imponerse. La república no es menos arbitraria que la monarquía cuando no se obra en consonancia con los deseos de los que mandan. Rusia, España y la Argentina son tres naciones diferentes en apariencias, iguales en el fondo: lo mismo se sostienen por la fuerza arrancada á los pueblos en su ignorancia.

La Constitución es una mentira convencional; sus leyes son píldoras doradas, y el sufragio una bonita farsa en que algunos rien y otros comen, mientras la mayoría se encoje de hombros.

Un estado social deficiente, con sus innúmeras desigualdades, trae como consecuencias lógicas, las revoluciones y las hecatombes. Al que no obra á manera de autómatas para conformar á los que se erigen en padre de la patria, se le atropella, se le golpea, enciella ó mata. Para los que se atreven á pensar no existe ni la inviolabilidad del domicilio, ni derechos de propiedad y reunión: cuando les da la gana, con pretexto ó sin él, se asaltan locales y domicilios privados, se roba hasta la correspondencia, declárase el estado de guerra,—como hoy en la Argentina,—se prohíbe el desembarco de hombres que se cree de ideas avanzadas, y se impiden las reuniones, por el *veto* policial, sin declarar siquiera el estado de sitio, como en esta libérrima República del Uruguay.

Las calles y plazas ostentan acá y allá los nombres de los que dieron todo, incluso la vida, sacrificando sus libertades por la libertad común y la Constitución, sin que por un momento se les ocurriese que era un sacrificio estéril, ya que en cualquier ocasión se desconocen los derechos que tanta sangre costaron, y se los mete tranquilamente en... el bolsillo.

La brutalidad de los de arriba producirá el choque con las ideas de los de abajo, y del choque surgirá la luz

[Proletarios del universo, oid!]

Sois el sosten de todas las instituciones creadas, la fuerza que mueve todo engranaje social; como productores y consumidores, daís sudor, sangre é inteligencia por un poco de dinero, y luego daís éste para pagar á vuestros verdugos.

Sin vosotros no se movería una paja: sois el moderno Dios. La industria y el comercio se efectúan gracias á vuestro poder. Vuestra hambre representa la abundancia en la mesa de los intermediarios y los que viven del presupuesto, desde el rey ó primer magistrado hasta el último tinterillo.

El que os apalea, fusila, condena ó encarcela, vive sobre vuestros hombros. El contingente de espías y prostitutas es recolectado entre los vuestros, después de embrutecerlos con una moral basada en el derecho del león, trabajo de esclavo y hambre de ilota.

¡Productor, despierta; ya es hora! Unid proletarios vuestras manos como eslabones de cadenas, por prestar mutuamente vuestras fuerzas usándolas por primera vez en bien vuestro; levantad vuestros poderosos hombros y arrojad lejos todo lo que sintetice opresión y esclavitud.

VIRGINIA BOLTEN.

EL CURA

¿Quién es el cura?

El cura, es un sarcasmo de la civilización moderna; es un ente que atrofia los cerebros y degenera las inteligencias; es una fiera que se alimenta con los crímenes que comete al embrutecer el cerebro de los niños.

El cura, es la culebra que se arrastra por el campo de la ciencia y se chupa la sangre que ha de dar vida al porvenir; es el acrido que intesta y pudre las escuelas y bibliotecas; es un chupotero que corroe la fruta del árbol de la libertad; es la personificación de las hijas de Lott y un representante de Sodoma; es el antitesis del amor verdadero.

El cura, en el arte es la peste; para la humanidad es un roedor que adora á Caco; para todo lo grande y sublime es un perro hidrófobo; para los ideales modernos es un microbio venenoso; para el progreso es un enfermo de los pulmones y un estómago vacío por efecto de la diarrea; para el pueblo es la espada de Damocles; para los trabajadores es un foco que emana sustancias pútridas y materias fedales.

El cura, lógicamente considerado es un depósito de *bacillus* bubónicos; es el porta-estandarte de barbaries; actualmente simboliza la decadencia pagana y su propaganda son los mujidos de la fiera derrocada y los lamentos del gladiador vencido; es un monstruo sin entrañas cuyo cerebro está embotado por los abusos de la lascivia.

El cura es el segundo marido de las mujeres de los trabajadores que caen en sus garras y el primero de las monjas y de las señoritas de la aristocracia; es el espantajo de los débiles; en sus costumbres públicas es un idiota; es el producto de la ignorancia; es causa y efecto de una sociedad desequilibrada; engendra la cobardía moral y crea los *valientes* encapallados.

El cura, es el emblema, la coraza y el salvavidas del pillaje burgués; social y mitológicamente interpretado, es la caja de Pandora de todas las edades; es, en las aldeas y pueblos un Sardanápalo y un aspirante á Nerón.

El cura, ante la lucha económica es un malhechor empedernido.

El cura, rehuye la mirada del sol para contemplar la luz pálida del can-

